

ARTÍCULOS

La crisis de la Monarquía de Felipe IV en España y sus dominios. ¿Problema particular o problema global?^{1*}

Dr. Geoffrey Parker,
Ohio State University

Resumen: Tras la caída del Conde Duque de Olivares en 1643, aparece una publicación anónima (panfleto) titulada: "Memorial dado al Rey D. Felipe IV por un ministro antiguo", en el que se denunciaba su pésimo gobierno y la nefasta situación a la que había llevado a España. En contestación, aparece otra: "El Nicandro", también anónima, en defensa de Olivares y en la que se culpa de la crítica situación española a una oleada de desastres naturales que desencadenaron una serie de calamidades y una profunda crisis social, política y económica en todo el mundo. En este artículo utilizando una amplia bibliografía de autores internacionales y a través de un pormenorizado análisis del texto se saca a la luz el grado de verdad o exageración de El Nicandro.

Palabras clave: El Nicandro, Conde Duque, Olivares, Felipe IV, crisis y rebeliones.

Abstract: After the fall of Count-Duke of Olivares in 1643, an anonymous publication (pamphlet) appears with the name of "Memorial given to King Philip IV by an old minister", where it was denounced his terrible rule and the disastrous situation to which Spain had been taken. In reply, another publication comes out: "El Nicandro", also anonymous but in defence of Olivares, blames a wave of natural calamities that produced a deep social, political and economic crisis in all over the world for the critical Spanish situation. In this article, the degree of truth or exaggeration of "El Nicandro" is brought to light by using an extensive bibliography of international authors and through a detailed analysis of the text.

Keywords: El Nicandro, Count-Duke of Olivares, Philip IV, crisis and rebellions.

* * *

Poco después de la caída del poder supremo en 1643 de Don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, un panfleto apareció en las calles de

¹ Este trabajo es una síntesis de mi discurso de ingreso como Académico Correspondiente de la Real Academia Hispano-Americanica de Ciencias, Artes y Letras, que tuvo lugar en Cádiz, el día 7 de junio de 2004.

* Deseo agradecer a James Amelang, Fernando Bouza, Xavier Gil, Martha Peach y Lorraine White sus referencias, sugerencias y comentarios, así como también a mi traductor.

Madrid que se lamentaba de que los españoles fueron incapaces de ver los recientes fracasos de España en la perspectiva apropiada. Según el *Nicandro*:

“Éstos no atienden a la universal providencia de las cosas, la cual en unos tiempos trasiega el mundo y lo funesta con calamidades públicas y universales, cuyas causas totalmente ignoramos. Este tiempo es semejante a aquellos en que todas las naciones trastornaron y dieron que sospechar a grandes espíritus se llegaba el último período de los hombres. Hemos visto todo el septentrión conmovido y alterado, envueltos sus ríos en sangre, yermas las provincias populosas; a Inglaterra e Irlanda y Escocia ardiendo en guerras civiles; a un emperador de los turcos arrastrado por las calles de Constantinopla, encendidos en guerras civiles los otomanos, después con los persas. La China penetrada de los tártaros, la Etiopía de los turcos, los reyes de las Indias que se esparcían entre el río Ganges y el Indo encendidos en emulaciones. ¿Que provincia hay que no haya en su manera – cuando no con guerras con terremotos, pestes y hambres– sentido el rigor de este universal influjo? ¿Qué culpa tiene el conde-duque] que esté el mundo sujeto a estas desventuras?”²

Los autores del *Nicandro* estaban notablemente bien informados, y los años siguientes proporcionaron aún más ejemplos de calamidades en todo el mundo, pues la década de 1640 fue testigo no sólo de las peores condiciones climáticas en siglos (lo cual produjo catastróficas hambrunas) sino también las peores revueltas políticas en siglos, algunas de las cuales desembocaron en regicidios (en Inglaterra y en el Imperio Otomano, mientras que en China sólo suicidándose se libró el emperador Chongzheng de ser ejecutado por el ejército rebelde que había tomado su capital).

La simple coincidencia no puede explicar tantas revoluciones simultáneas en todo el mundo, en tal caso ¿cuáles fueron sus denominadores comunes y por qué afectaron algunas áreas más que a otras?

La crisis mundial de mediados del siglo XVII no ha sido la única catástrofe global conocida –otra incluso más grave, en torno a la Peste Negra, tuvo lugar a mediados del siglo XIV–, pero fue la primera que dejó abundante documentación en todo el mundo. Para explicarla, sugiero un «proceso» compuesto por cuatro factores:

1. Un episodio repentino de «enfriamiento global» que puso bajo extrema tensión a muchas (aunque no a todas las) zonas superpobladas del planeta.
2. El desmoronamiento del régimen demográfico imperante bajo tal tensión.

² *Nicandro o antidoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia ha esparcido por deslucir y manchar las heróicas y inmortales acciones del conde-duque de Olivares después de su retiro* (mayo de 1643, probablemente escrito, bajo inspiración de Olivares, por su bibliotecario), en J.H. ELLIOTT y J.F. DE LA PEÑA, *Memoriales y cartas del Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1978, vol. II, p. 275.

3. Surgieron nuevas ideologías radicales en muchas (aunque no en todas las sociedades), provocando estallidos de violencia y arrebatos de creatividad.

4. A pesar de estas dificultades, muchos, aunque no todos los gobiernos, incrementaron fuertemente la presión social, religiosa y (sobre todo) fiscal.

Creo que la interacción de los cuatro elementos en el «proceso» dio lugar a una crisis mundial simultánea; en la que el cambio climático resultó el más importante y el menos dócil de los cuatro.

Hasta hace poco tiempo, ésta era la categoría más difícil de evaluar, porque no existen datos cuantitativos que nos permitan medir el clima de la Edad Moderna; sin embargo, los historiadores y los climatólogos están reconstruyendo poco a poco una imagen convincente. Por ejemplo, un grupo de climatólogos españoles estudió recientemente las pautas meteorológicas en Castilla entre 1634 y 1648 a partir de la correspondencia de unos Jesuitas (que habían sido instruidos para hablar siempre del tiempo en sus cartas). Esta fuente indica claramente que los inviernos castellanos se caracterizaban por abundadísimas lluvias y heladas, y por temperaturas más frías que las actuales, mientras que en el verano había más sequías. Los años 1639-1642 y 1645-1647 sobresalieron por su particular dureza.

De hecho, en estos mismos años se vivieron algunas de las condiciones meteorológicas más extremas jamás registradas en todo el mundo. Considerense los siguientes ejemplos del primer periodo. A principios de 1642, John Winthrop, gobernador de la colonia de la Bahía de Massachusetts, señalaba que:

“... La helada fue tan grande y continua este invierno que toda la bahía se heló, tanto y en tal extensión que, según las relaciones de los indios, nada igual se había visto desde hacía cuarenta años... Hacia el sur también la helada fue extensa y la nieve profunda, e incluso en Virginia, la gran bahía [de Chesapeake] estuvo en gran medida helada, al igual que todos sus grandes ríos”.

En la América Hispana, el valle de México sufría una sequía extrema: no había llovido entre primavera y mediados de octubre de 1641, lo cual arruinó las cosechas y provocó una importante escasez de alimentos. La falta de lluvia del verano siguiente elevó el precio del maíz, el principal cultivo, a niveles de hambruna. En estos dos años, el clero de Ciudad de México sacó en procesión a la «Virgen de los Remedios» para suplicar a Dios que interviniere antes de que muriese todo el mundo³.

³ R.S. DUNN, J. SAVAGE y L. YEANDLE (eds.), *The Journal of John Winthrop 1630-1649*, Cambridge, MA, 1996, pp. 368, 384 y 387; D.M. LUDLAM, *Early American winters*, Boston, 1966, pp. 15 y 18-22; E. FLORESCANO, *Analisis histórico de las sequías en México*, México, 1972, p. 23; C. GIBSON, *The Aztecs under Spanish rule*, Stanford, 1964, pp. 313-315.

Al otro lado del Pacífico, en esos mismos años se vivieron catástrofes naturales aún peores. En las Filipinas, llovió tan poco en el sur de Luzón en 1642 que la cosecha de arroz no se pudo plantar, y mucho menos recoger; mientras que en Java la cosecha de arroz fue muy pobre tanto en 1641 como en 1642. En el norte de China, 1640 fue, al parecer, el año más seco registrado en los cinco siglos anteriores, y a finales de ese año plagas de langostas acabaron con lo que quedaba de la cosecha. El año siguiente no fue mejor⁴. Según un cronista cercano a Suzhou, en el valle del Yang-Tsé, –el granero de China–: «Desde el año nuevo [31 de enero de 1642] ha hecho frío y ha llovido con frecuencia. La primavera casi ha terminado, pero el frío aún persiste. Tras la luna llena del segundo mes [15 de marzo] llovió ininterrumpidamente durante más de 10 días». El precio del grano aumentó desde casi dos tael/s por medida en 1638 (lo cual ya era del doble de los precios normales) hasta cinco tael/s en 1642, provocando una hambruna que acabó con un tercio de la población⁵.

En muchas partes de Japón también se vivieron hambrunas en los mismos años. En octubre de 1642 los comerciantes holandeses de Nagasaki señalaban que de la isla de Kyushu, en el sur subtropical, «todos los días llegan noticias de que la cosecha ha sido destruida por la constante lluvia». Nueve meses más tarde oyeron decir que incluso en Osaka, el mercado central de arroz para todo el archipiélago, los precios de los alimentos habían subido tanto que «el hombre corriente no puede mantenerse a sí mismo, a su mujer y a sus hijos, de modo que mucha gente muere de hambre». Enomoto Yazaemon, un comerciante y humilde funcionario que vivía cerca de Tokio recordaba en sus memorias que el día de Año Nuevo de 1641 «el hielo que cubría los campos media un pie de profundidad. Desde ese momento, observé siete nevadas hasta la primavera». Vio también «muchos mendigos que sólo llevan ropas de paja» en la calle y en 1642 «se dijo que entre 50.000 y 100.000 personas se morían de hambre en Japón.»⁶

Otras zonas del hemisferio norte también sufrieron penurias en estos años. En Surat, en el noreste de la India, el funcionario que recaudaba los impuestos locales en nombre del emperador mogol apenas consiguió recolectar la mitad de la contribución en 1641⁷. Ese mismo año, el nivel estival medio del Nilo (que refleja las precipitaciones en África oriental) alcanzó su

⁴ WANG Shaowu, «Climate of the Little Ice Age in China», en T. MIKAMI (ed.), *Proceedings of the International Symposium on the Little Ice Age Climate*, Tokio, 1992, p. 120; y J.D. SPENCE, *The death of Woman Wang. Rural life in China in the seventeenth century*, Londres, 1978, pp. 4-5. Sobre las langostas, véase H. DUNSTAN, «The late Ming epidemics: a preliminary survey», *Ch'ing-shih wen- t'i*, III.3 (noviembre de 1975), pp. 9-10 y mapa 6 (1641).

M. NAYAKAMA, «On the fluctuation of the price of rice in the Chiang-nan region d⁵ Gaceta local de Shanghai de 1641-1642, cit. por DUNSTAN, *op. cit.* (nota anterior), p. 14; CHEN Ch'i-te, *Tsai-huang Chih-shih* [Registro de la desastrosa hambruna], cit. por uring the first half of the Ch'ing period (1644-1795)», *Memoirs of the Research Department of the Toyo Bunko*, XXXVII (1979), p. 74.

⁶ *Diaries kept by the Dutch Factors in Japan*, vol. v, Tokio, 1984, p. 190 (entrada del 15 de octubre de 1641, en holandés), y vol. vi, Tokio, 1986, p. 87 (entrada del 15 de julio de 1642, en holandés); ONO Mizuo (ed.), *Enomoto Yazaemon Oboegaki*, Tokio, 2001, pp. 35, 137. Véase también la enumeración de catástrofes de la década de 1640 en Japón en Yamamoto Hirofumi, *Kan'ei jidai*, Tokio, 1989, pp. 197-199, y ENDÔ Motoo, *Kinsei Seikatsushi Nemopyô*, Tokio, 1982, pp. 61-64.

⁷ W. FOSTER, *The English factories in India, 1637-41*, Oxford, 1912, p. xxvi: en lugar de 72 *lakhs*, el arrendador de impuestos sólo recaudó 41. Por ello, el emperador decidió abandonar el sistema de arrendamientos para recaudar los impuestos directamente.

punto más bajo, mientras que en el oeste la región «Mande» (Senegambia y el alto Níger) sufrió una severa sequía entre 1640 y 1644⁸. Por acabar este estudio mundial en Europa: en 1641 Escandinavia vivió las temperaturas más bajas jamás registradas, mientras que en 1640 y otra vez en 1641 el Rin alcanzó a su paso por Basilea dos de los niveles más altos jamás registrados después de unos inviernos inusualmente largos y fríos interrumpidos por lluviosos veranos⁹.

Por desgracia para los que vivían en aquella época, estos fenómenos climáticos extremos de 1639-1642 no llegaron solos. En muchas partes del hemisferio norte, el frío inusual y la sequía de la década de 1640 dieron lugar a tres de las peores hambrunas registradas en los seis siglos anteriores. Las reconstrucciones modernas del clima alpino sugieren que en la década de 1640 la temperatura media allí fue un grado centígrado menor (y en marzo dos grados menor) que en la de 1630. En el otro extremo de Eurasia, los estudios de las zonas montañosas de China sugieren que allí esta diferencia fue, en promedio, de más de un grado en el oeste y de más de dos grados en el noroeste. (Es importante insistir en que se trata de medidas «en promedio» porque algunos años en concreto quedan por debajo –quizás muy por debajo– de la norma). La combinación de estos diversos y dañinos fenómenos –glaciares que crecen, cotas de nieve más bajas, mayor número de sequías, inundaciones y otros sucesos propios de un clima extremo, junto a la aparición de veranos por lo general más fríos y lluviosos, y de inviernos más severos– ha llevado a los historiadores y climatólogos a hablar de ese periodo como «la Pequeña Edad de Hielo», que alcanzó su mayor intensidad en la década de 1640¹⁰.

También, como comentaba el Nicandro, esa década coincidió con una aluvión de rebeliones en todas partes del hemisferio norte: la China, la India Mogol, el imperio otomano, Rusia, Europa...etc. Sin embargo, quisiera concentrarme en las cuatro rebeliones principales contra Felipe IV en la década de 1640: Cataluña y Portugal en 1640; Sicilia y Nápoles en 1647 y sugerir unos diez denominadores comunes que corresponden con los cuatro elementos de mi «proceso».

⁸ S.E. NICHOLSON, «Saharan climates in historic times», en M.A.J. WILLIAMS y H. FAURE (eds.), *The Sahara and the Nile*, Rotterdam, 1980, pp. 177, 180 (gráfico); R.J. MCINTOSH *et al.*, *The way the wind blows: climate, history and human action*, Nueva York, 2000, pp. 131, 156. Nicholson ha señalado en otro lugar que (a) los cambios de precipitación en las regiones semiáridas de África son extremos; (b) «la mayoría de los principales periodos de precipitación anómala, tanto en años individuales como en episodios en la escala de una década, afectan a gran parte del continente» y (c) las anomalías tienden a «persistir durante una década»: D.G. MARTINSON (ed.), *Natural climate variability on decade-to-century time scales*, Washington DC, 1995, pp. 32-35.

⁹ C. PFISTER, *Klimgeschichte der Schweiz 1525-1860 und seiner Bedeutung in der Geschichte von Bevölkerung und Landwirtschaft*, 2 vols., Berna, 1988, vol. I, pp. 70-71; W. LENKE, *Klimadaten von 1621-1650 nach Beobachtungen des Landgrafen Herman IV. von Hessen*, Offenbach, 1960, pp. 37-38, tablas anuales de heladas y nevadas en 1640-1641; R. GLASER, *Klimarekonstruktion für Mainfranken, Bauland und Odenwald*, Stuttgart, 1991, pp. 111-112. Sobre Escandinavia, véase MIKAMI, *op. cit.* (nota 11), pp. 6-9, y el libro de próxima aparición de J. Esper.

¹⁰ G. PARKER, *La Crisis Mundial del Siglo XVII*, Madrid, 2005, el cap. 1 tratará sobre las causas de la Pequeña Edad de Hielo.

1. Las cuatro tuvieron lugar en un momento de adversidad climática sin parangón (como se ha señalado con anterioridad).
2. Las cuatro se centraron en capitales superpobladas. Nápoles era la ciudad más grande de Europa occidental (con una población casi igual a la de toda Cataluña); Palermo bullía con miles de refugiados del campo, atraídos por las subvenciones de comida; las calles de Barcelona estaban atestadas de hombres que buscaban trabajo temporal en la agricultura (los segadors). Las cuatro ciudades eran capitales que sufrían gravemente por las nuevas medidas e impuestos decretados en Madrid en un momento de aguda recesión económica, y las revueltas se extendieron rápidamente de ellas a otras ciudades de la región¹¹.
3. Las demandas de Madrid que desencadenaron la rebelión tomaron una de estas dos formas: un repentino incremento de la carga que supone reclutar, alimentar y acuartelar a un ejército, o la recaudación de nuevos impuestos, generalmente para pagar la defensa del Imperio en algún otro lugar. El catalizador en Cataluña fue la orden de reclutar 6.000 soldados para luchar en Italia unida al ultrajante comportamiento de las tropas reales alojadas en el principado; Portugal se levantó contra la orden de que los nobles reclutaran y dirigieran regimientos formados por sus vasallos para luchar frente a los catalanes. En Palermo, por el contrario, los problemas comenzaron con la decisión, basada en órdenes explícitas de Madrid, de eliminar una subvención que mantenía bajo el precio del pan, y en Nápoles con la instauración de un impuesto de consumo sobre la fruta: en ambos casos las medidas surgieron directamente de la necesidad de obtener fondos para pagar las guerras mantenidas por Madrid en España e Italia.
4. Las cuatro comenzaron con revueltas populares, aunque no siempre muy numerosas (de unos pocos cientos en Barcelona, aún menos en Lisboa), pero pronto estuvieron bajo la dirección de algunos «intelectuales alienados» locales –laicos y eclesiásticos– que aprovecharon la parálisis temporal de las autoridades locales y el miedo de la clase media (ambas generadas por el estallido de violencia popular) para poner en práctica al menos una parte de su programa político. En dos de los casos el liderazgo lo ejercían clérigos –Pau Claris en Barcelona y Giulio Genoino en Nápoles– y en los cuatro contaban con el apoyo eclesiástico, especialmente en Portugal y Cataluña donde el clero respaldó de manera abrumadora la rebelión, dando sermones y escribiendo propaganda en su apoyo¹².

¹¹ En Cataluña, en algún momento en la década de 1640 todas las ciudades del principado rechazaron la autoridad de Felipe IV. En Sicilia casi todas las ciudades, excepto Messina, siguieron el ejemplo de Palermo, mientras que todas las ciudades del reino de Nápoles, tanto reales como señoriales, parecen haber vivido un rebelión en 1647-48.

¹² Sobre Cataluña véase A. SIMÓN I TARRES, *Els orígens de la revolució catalana de 1640*, Barcelona, 1999, cap 5, y la tesis en preparación de Andrew Mitchell; sobre Portugal véase L. REIS TORGAL, *Ideología política e teoria do estado na Restauração*, Coimbra, 1981-82, 2 vols.; J.F. MARQUES, *A parenética portuguesa e a Restauração*, Oporto, 1989, 2 vols. De los 79 eclesiásticos documentados que predicaron sermones a favor de la «Restauração» entre 1640 y 1668, sólo nueve eran del clero secular, todos los demás eran miembros de alguna orden religiosa (encabezados por los jesuitas con 19). Además, 15 de ellos tenían un puesto en la Universidad, 13 eran inquisidores y 33 procedían de familias de la nobleza. De 20 autores que escribieron en defensa de la «Restauração», 11 eran eclesiásticos.

5. Tanto en Nápoles como en Palermo, una vez que consiguieron la abolición del odiado impuesto de consumo sobre la comida, los oponentes civiles a las medidas del gobierno central obligaron a éste a conceder igualdad de representación entre nobles y «popolo» (y muchos otros puntos de su anterior programa, presentado en extensos *Capitoli*.) Los catalanes pidieron también al rey que restaurara su *constitucion*. Sólo los rebeldes portugueses no tenían ningún interés en volver a ser súbditos de Felipe IV¹³.

6. Primero Portugal, después Cataluña y finalmente Nápoles repudiaron por completo la autoridad de Felipe IV y la declararon nula: el primero proclamó inmediatamente un rival (el duque de Braganza) como monarca; las otras dos se declararon republicas independientes, pero sólo después de que sus negociaciones con Madrid fracasaran. Los tres se apoyaron en la ayuda externa; las nuevas republicas de Cataluña y Nápoles pronto tuvieron que colocarse bajo la protección de Francia. Solamente Sicilia permanecía fiel a la lema «Viva el rey y muere el mal gobierno».

7. Tanto en Cataluña como en Portugal, los líderes rebeldes convocaron a los «Estados del Reino» para aprobar nuevas medidas y recaudar impuestos. En Nápoles, donde la capital no tenía representación en el *Parlamento*, los líderes de la «Serenissima Reale Repubblica» pensaron convocar una asamblea de las doce provincias, pero la revuelta fracasó antes de que pudiera celebrarse. (En Sicilia, la hostilidad de los prelados, de los nobles y de Messina hacia la revuelta descartó una reunión del *Parlamento*)¹⁴.

8. Una revuelta en un lugar generaba una ola de levantamientos en otros sitios. Como observó en 1647 uno de los ministros más experimentados de Felipe IV: «En la monarquía que consta de muchos reinos, y muy separados, el primero que se levanta va a gran riesgo, porque le pueden oprimir fácilmente los demás; pero el segundo tiene mucho menos peligro, y de ahí adelante cualquiera puede atreverse sin miedo»¹⁵. Y quizás se quedaba corto, pues la «restauração» en Portugal produjo:

¹³ J.F. SCHaub, *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares (1621-1640). Le conflit de juridictions comme exercice de la politique*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 243-244, consigna una afirmación posterior del mayordomo de Margarita de Mantua en el sentido de que en la noche del 1 al 2 de diciembre la mayoría de los nobles implicados en la muerte del secretario Vasconcelos habrían vuelto a la obediencia a Felipe IV si éste hubiese depuesto a Diogo Soares, que se encargaba de los asuntos portugueses en la corte. Pero, como Schaub señala, ¿reflejaba este hecho una posibilidad real en dicha coyuntura o era simplemente parte de la campaña contra Soares (que mantuvo su puesto hasta 1643)?

¹⁴ B. DE RUBÍ (ed.), *Les Corts Generals de Pau Claris. Dietari o procés de Corts de la Junta General de Braços del 10 de setembre de 1640 a mitjan març de 1641*, Barcelona, 1976; A.M. HESPAÑHA, «La 'Restauraçao' portuguesa en los capítulos de las Cortes de Lisboa de 1641», en J.H. ELLIOTT *et al.*, *1640: la Monarquía hispánica en crisis*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 123-168; V. CONTI, *Le leggi di una rivoluzione. I bandi della repubblica napoletana dall'ottubre 1647 all'Aprile 1648*, Nápoles, 1983, pp. 67-69 y 183-184, edictos de 4 de noviembre y 17 de diciembre de 1647.

¹⁵ Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN), LXXXIII, p. 313, conde de Peñaranda, negociador principal en Münster, al marqués de Caracena, gobernador de Milán, 27 de junio de 1647, escrita después de saber de los levantamientos en las ciudades de Andalucía y que «Sicilia ha estado para perderse, como me avisa el marqués de los Vélez en carta de 27 del pasado» –el día anterior al comienzo de la rebelión.

(I) un «Pánico en las Indias»: Brasil declaró la independencia; se detuvo en masa a colonos portugueses en todas las colonias españolas; el virrey de México (cuñado de João IV) fue arrestado; y apareció Don Guillén Lombardo, un aventurero irlandés que aspiraba a hacerse rey de México y que, tras escapar, llevó una temeraria carrera que generó la leyenda del «Zorro»¹⁶.

(II) La secesión de casi todos los dominios portugueses de ultramar.

(III) La traición de dos importantes nobles de Andalucía (Ayamonte y Medina Sidonia)¹⁷.

(IV) El arresto y el encarcelamiento del virrey de Aragón (un noble napolitano) bajo sospecha de traición¹⁸.

9. Al haber revueltas en más de un lugar se produjo también un intercambio de personas enemistadas con el gobierno.

(I) Incluso antes de que João IV llegara a Lisboa, sus seguidores en la ciudad enviaron emisarios a Barcelona para hacer causa común con los rebeldes catalanes –y para convencerles de que no hicieran causa común con los franceses. Aunque los embajadores (ambos jesuitas) fracasaron en esto último (llegaron demasiado tarde), su llegada en la mañana en la que las tropas de Felipe IV lanzaron un gran ataque sobre Barcelona fue recibida como providencial y fortaleció grandemente la determinación de los defensores¹⁹.

(II) Los rebeldes tanto de Palermo como de Nápoles estaban bien enterados del curso –y del éxito– de la revuelta de los catalanes por cartas, panfletos y libros.

(III) Naturalmente cada grupo de insurgentes seguía también con entusiasmo el progreso de la rebelión al otro lado del estrecho. Tan pronto como se supo en Nápoles que la revuelta en Palermo contra el impuesto del consumo había conseguido su abolición, en las calles y en los mercados los napolitanos empezaron a preguntarse unos a otros:

¿Cómo? ¿Somos menos que Palermo? ¿No son nuestras gentes... si se unen, más temibles y aguerridas? ¿No tenemos

¹⁶ S.B. SCHWARTZ, «Panic in the Indies: the Portuguese threat to the Spanish empire» en W. THOMAS y B. DE GROOF (ed.), *Rebelión y resistencia de el mundo hispánico del siglo XVII*, Lovaina, 1992, pp. 205-225; F. TRONCARELLI, *La spada e la croce. Guillén Lombardo e l'inquisizione in Messico*, Roma, 1999.

¹⁷ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, «La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte», en A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Madrid, 1969, pp. 113-153.

¹⁸ Véase J.H. ELLIOTT, *The count-duke of Olivares. The statesman in an age of decline*, New Haven y Londres, 1986, pp. 615-616; E. SOLANO CAMÓN, *Poder monárquico y estado pactista (1626-52): los aragoneses ante la Unión de Armas*, Zaragoza, 1987, pp. 51-61; y J. SANABRE, *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)*, Barcelona, 1956, p. 647, Nochera al Diputat Quintana, 18 de abril de 1641.

¹⁹ M.A. PÉREZ SAMPER, *Catalunya i Portugal el 1640*, Barcelona, Curial, 1992, p. 279, que cita la Relaçam de la misión del Padre Mascarenhas (escrita en julio de 1641). Los conspiradores de Lisboa enviaron embajadores para hacer causa común con los catalanes incluso antes de que Braganza se hiciese con el poder, pero las fuerzas castellanas los interceptaron. João IV firmó instrucciones a sus enviados cuatro días después de su proclamación, con la esperanza de establecer una alianza con los catalanes, pero el complicado viaje por mar supuso que llegaran después de que los catalanes ya se hubiesen puesto bajo la protección francesa (*ibidem*, pp. 265, 268-269, 271-272, y 275).

muchas más razones por estar más cargados y oprimidos? A las armas: el tiempo es precioso. No debe ser demorada la empresa, etc.

Empezaron también a aguantar «mordaces y amargas invectivas» que «incitaban a la gente a crear una revolución como en Palermo»²⁰. Cuando estalló la revolución, el 7 de julio de 1647, según una fuente pro española: «mezcláronse algunos Palermitanos que... les incitaban a pedir lo todo de la manera que avía passado en Palermo». Seguramente uno de estos «Palermitanos» era Giuseppe Alesi, el orfebre que había huido de Sicilia a Nápoles tras los primeros disturbios y había regresado después para liderar el movimiento que consiguió las mismas concesiones del virrey Los Vélez en agosto que las dadas por el virrey Arcos un mes antes en Nápoles. En octubre, las noticias de que Don Juan de Austria había bombardeado Nápoles arruinaron las medidas de Los Vélez, que habían conseguido, en parte, pacificar Palermo: los rebeldes inmediatamente renegaron de su promesa de dejar las armas²¹.

(IV) Los vasallos descontentos de otras partes de la Monarquía también veían estos eventos con entusiasmo. Don Carlos de Padilla, eje de la «conspiración del duque de Híjar» en 1648, miraba hacia Portugal en busca de apoyo²². Un poco antes, en Valencia, donde el gobierno central había cambiado torpemente la forma de elegir a los magistrados de la ciudad, alguien puso una hoja en la que se leía:

*Si busques bon govern
Napols, Messina y Palerm
bon exemple te an donat²³.*

10. Finalmente, varias personas del lado «realista» enfocaron la política de Madrid hacia más de una revuelta. Don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Felipe IV, no sólo dirigió la fuerza expedicionaria real enviada para recuperar el control sobre Nápoles sino que, una vez hecho esto, continuó la marcha e hizo lo mismo en Sicilia (septiembre de 1648), y se quedó allí como virrey durante más de un año hasta que fue llamado de España para encabezar el asedio de

²⁰ J. HOWELL, *An exact history of the late revolutions in Naples and of their monstrous successes not to be paralleled by any ancient or modern history*, Londres, 1664 (2^a ed.: versión inglesa de A. GIRAFFI, *Le revolutioni di Napoli*, Venecia, 1647), pp. 4-8 sobre los *cartelli* y «el ejemplo de Palermo» («Siamo noi da meno da Palermo?», en la versión italiana en p. 9).

²¹ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 2662/4v-5 «Relación del tumulto» (anónimo, pero preparado para Arcos); G. DI MARZO (ed.), *Diari dell' città di Palermo dal secolo XVI al XIX*, Palermo, 1869, vol. III, (Biblioteca storica e letteraria di Sicilia, III), vol. IV, pp. 103-104 (*Annales Panormi* del abad Rocco Pirri) sobre Alessi en Palermo, Nápoles y de vuelta a Palermo (véase también *ibidem*, pp. 95-96).

²² Sobre el complot véase el estudio clásico de R. EZQUERRA ABADÍA, *La conspiración del duque de Híjar (1648)*, Madrid, 1934, y los recientes comentarios de R. VALLADARES, *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica (1640-1680)*, Valladolid, 1998, pp. 98-100.

²³ X. GIL, «'Conservación' y 'Defensa' como factores de estabilidad en tiempos de crisis: Aragón y Valencia en la década de 1640», en ELLIOTT *et al.*, *op. cit.* (nota 39), pp. 44-101, en la p. 88 («Si buscas buen gobierno / Nápoles, Mesina y Palermo / buen ejemplo te han dado»). Véase también J.G. CASEY, «La Crisi General del segle XVII a València 1646-48», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XLVI, 2 (1970), pp. 96-173.

Barcelona en 1651-1652. Una década después también guiaría los ejércitos de su padre contra los portugueses (sin éxito)²⁴.

En Madrid, el mismo grupo de ministros (la *Junta de Ejecución*) se encargó de él e hizo reparto de recursos escasos entre— Cataluña y Portugal en 1640 y después; el *Consejo de Italia* hizo el mismo entre Nápoles y Sicilia en 1647-1648; mientras tanto el *Consejo de Estado* evaluaba diariamente informes llegados de todas las zonas ultramarinas de interés para España²⁵.

Los diez denominadores comunes a estas cuatro rebeliones contra Felipe IV no deben sorprendernos. Las cuatro revueltas «principales» se produjeron en gran parte debido a las demandas de dinero y hombres de la Corona para defender sus otras provincias; y las demandas alcanzaron su punto más alto justo cuando la situación económica de cada zona llegaba a su punto más bajo. Puesto que el gobierno central conocía bien la calamitosa situación de sus dominios, podría haberse esperado que el rey y sus consejeros llegaran a la conclusión de que tenían que cambiar su política. Así ocurrió, sin duda, en alguna ocasión. Por ejemplo, en el verano de 1647, Felipe concedió un indulto total a los que se habían rebelado en las ciudades de Andalucía (incluida Granada, la capital) y ordenó a los virreyes de Nápoles y Sicilia que actuaran con clemencia porque, como le dijo a su confidente Sor María de Ágreda, «en estos tiempos de borrasca es menester valernos de disimulación y tolerancia más que de la fuerza»²⁶.

Unos meses más tarde, según un testigo hostil, Felipe IV estaba tan desesperado por alcanzar la paz con los holandeses que «por ella tornara a crucificar a Cristo si fuese necesario» y, de hecho, en enero de 1648 los negociadores españoles en Münster firmaron en el nombre del rey una paz que reconocía a los antiguos rebeldes holandeses como un Estado soberano²⁷. Sin embargo, este tipo de conducta «racional» siguió siendo la excepción. La guerra de España contra Francia duraba hasta 1659 y contra Portugal hasta 1668.

²⁴ Naturalmente muchos oficiales subordinados sirvieron en más de un guerra. Además de los oficiales y tropas que se embarcaron con Don Juan, Don Juan de Garay, cuyas tropas, dada su crueldad con los catalanes, tuvieron gran responsabilidad en el estallido de la revuelta, pasó luego a ser comandante en el frente portugués.

²⁵ Debido a la estructura de Monarquía Hispánica, el papel de los Consejos era fundamentalmente reactivo —es decir, atendían los informes y cartas que les llegaban— y de este modo solían tratar un solo problema cada vez (Nápoles, luego Sicilia, etc.) en lugar de formular una política conjunta. Ésta era tarea de la *Junta de Ejecución*, que, por ejemplo, podía emitir órdenes generales a todos sus comandantes tales como «que se haga la guerra ofensiva por la parte de Cataluña y defensiva por los confines de Portugal» (Archivo General de Simancas [AGS], Guerra Antigua, libro 187/22, orden de la JE de 10 de febrero de 1643).

²⁶ C. SECO SERRANO, *Cartas de Sor María de Jesús*, Madrid, 1958, vol. I, p. 118, Felipe IV a Sor María, 21 de agosto de 1647. Fuensaldaña también comentó: «El invierno pasado se padecieron tales principios de alteración en el Andalucía que fue menester tolerarlos sin castigo» (*CODOIN*, LXXXIII, pp. 312-313, a Caracena, 27 de junio de 1647). Sobre las revueltas, véase A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Alteraciones andaluzas*, Madrid, 1973, pp. 47-55

²⁷ E. PRESTAGE (ed.), *Correspondência diplomática de Francisco de Sousa Coutinho, durante a sua embaixada em Holanda, 1643-50*, Coimbra, 1926, vol. II, p. 256, Sousa Coutinho a João IV, 17 de noviembre de 1647, citando al embajador francés en La Haya. Sobre el papel de Fuensaldaña que presionó a Felipe para que se firmase la paz, véase G. PARKER, *Europe in crisis, 1598-1648*, Oxford, 2001 (2^a ed.), pp. 199-200.

La misma inflexibilidad caracterizaba la política de otros reyes de la época. Por ejemplo, Carlos I, rey de Gran Bretaña, también se negaba resueltamente a llegar a un acuerdo con sus «rebeldes», pese a que éstos seguían derrotándole. En 1638, cuando sus súbditos escoceses le desafiaron, declaró: «Prefiero morir antes que ceder a estas impertinentes e infames exigencias». Cuatro años después, justo después de que estallara la guerra civil en Inglaterra, afirmó: «He puesto mi confianza en la justicia de mi causa, estando convencido de que ninguna adversidad o desgracia me hará ceder, pues seré o un glorioso rey o un paciente mártir». Y tres años después de eso, tras una cadena de «desgracias» militares, Carlos rechazó la sugerencia de que intentara obtener las mejores condiciones de sus adversarios porque:

“Si tuviese otra contienda que no fuese la defensa de mi religión, corona y amigos, tendríais toda la razón en vuestro consejo; pues confieso que, hablando como un simple soldado o como un hombre de estado, debo decir que no hay más probabilidad que mi ruina. Pero como cristiano, tengo la obligación de deciros que Dios no tolerará que prosperen rebeldes y traidores, o que esta causa sea derrocada... Un acuerdo con ellos en este momento no es más que sumisión, contra la cual estoy resuelto, por la gracia de Dios, cualquiera que sea su coste para mí; pues sé que mi obligación es, en conciencia y en honor, no abandonar la causa de Dios, ni lesionar a mis sucesores o abandonar a mis amigos²⁸.

Se mantuvo resueltamente fiel a esta política, rechazando todos los acuerdos, hasta que sus enfurecidos enemigos le convirtieron en enero de 1649 en un «paciente [si bien profundamente irritante] mártir».

Sólo un líder del siglo XVII mostró flexibilidad y responsabilidad frente a la Pequeña Edad de Hielo: Tokugawa Iemitsu, shogun de Japón. En mayo de 1642, ante las noticias de que había un extensa hambruna, Iemitsu envió a algunos de los nobles que residían en la capital de vuelta a sus provincias para que pudieran organizar la beneficencia, y autorizó a los magistrados de las tierras de la dinastía Tokugawa a que, si era necesario, sacaran arroz de los graneros estatales para alimentar a los pobres. También emitió una serie de directivas para aumentar la producción agrícola y mejorar las condiciones rurales, prohibió a los nobles que impusieran trabajos a sus campesinos sin el permiso del gobierno y ordenó a todos los granjeros que plantaran sólo cultivos básicos (especificando que el tabaco y otros cultivos comerciales estarían prohibidos mientras durase la hambruna). En septiembre de 1642 emitió un aviso general a sus nobles de que «debido a las malas cosechas, la gente está padeciendo una extrema pobreza, por lo que los nobles deben poner cuidado en evitar las medidas que pudieran empeorar su situación». Cuando el señor de Aizu ignoró el aviso y se produjeron disturbios campesinos, Lemitsu confiscó

²⁸ J.H. OHLMAYER, *Civil War and restoration in the three Stuart kingdoms. The career of Randal MacDonnell, marquis of Antrim, 1609-1683*, Cambridge, 1993, p. 77, Carlos al marqués de Hamilton, 11 de junio de 1638; G. BURNET, *Memoirs of the dukes of Hamilton*, Londres, 1677, p. 203, Carlos a Hamilton, diciembre de 1642; y J.O. HALLIWELL, *Letters of the Kings of England*, Londres, 1846, vol. II, pp. 383-384, Carlos al príncipe Ruperto, 31 de julio de 1645.

su feudo. El shogun ejecutó también a diez comerciantes y funcionarios de los pósitos (y exilió a muchos más) denunciados por retener reservas de arroz con la esperanza de conseguir un mejor precio²⁹.

En el campo de la política exterior, en 1637 y otra vez en 1643, Lemitsu y sus consejeros contemplaron la posibilidad de atacar la española Manila en alianza con los holandeses, y en 1645-1647 debatieron si enviar o no apoyo a los leales a Ming que se oponían a los «usurpadores» manchúes, pero en ambos casos resolvieron no hacer nada³⁰. Gracias a estos cambios de política, en el transcurso del siglo siguiente, ¡la población de Japón duplicó, el área cultivado triplicó y la producción agrícola quadruplicó! Es un ejemplo llamativo.

A cualquier político racional, el prolongado deterioro de las condiciones climáticas, que afectó vitalmente a un sector agrícola en el que trabajaba el 95 por ciento de la población y del que dependía el 100 por ciento, le habría hecho cambiar de forma radical hacia políticas que aumentaran la ayuda gubernamental y redujeran el gasto público. Sin embargo, en Europa al menos no fue así. En este sentido, el autor del *Nicandro* tenía razón: era injusto culpar a Olivares «[por]que esté el mundo sujeto a estas desventuras». Además, como hemos visto, los ministros que se hicieron cargo de las responsabilidades del Conde Duque no mostraron ningún interés en abandonar sus inflexibles medidas, de modo que eran ellos, no él, quienes habían provocado la rebelión de la Italia española.

Es cierto que para 1653 todas las zonas en rebelión contra Felipe IV, excepto Portugal y sus colonias ultramarinas, habían sido recuperadas. Sin embargo, como señaló agriamente el embajador veneciano Pietro Bassadonna, aunque los españoles achacaran todo a la divina providencia, su notable cambio de fortuna provenía principalmente de «la presente commoción del reino de Francia, el cual ha querido volver las armas victoriosas contra su propio pecho, y cambiar la gloriosa guerra en una masacre infame de los propios franceses»³¹. Paradójicamente la Pequeña Edad de Hielo y el absolutismo inflexible, que tanto minaron el poder español, también contribuyeron a conservarlo, porque las mismas condiciones minaron al tiempo el poder de los principales enemigos de España: Francia y Gran Bretaña. Por tanto, Felipe IV podía considerarse afortunado de que la crisis de mediados del siglo XVII fuera de hecho un problema global y no un problema particular.

²⁹ NAGAKURA Tamotsu, «Kan’ei no kikin to bakufu no taiô» en *Edo jidai no kikin*, Tokio, 1982, pp. 80-85; TOYODA Takeshi (ed.), *Aizu-Wakamatsu-shi, II: Kizukareta Aizu Han*, Aizu, 1965, pp. 157-158; KODAMA Kota y OISHI Shinsaburo, *Kinsei nôsei shiryôshû*, Tokio, 1966, vol. I, p. 23. (He usado el inadecuado término «noble» para traducir *daimyo*).

³⁰ R. TOBY, *State and diplomacy in early modern Japan*, Princeton, 1984, pp. 119-139; y R. HESSELINK, *Prisoners from Nambu: reality and make-belief in seventeenth-century Japanese diplomacy*, Honolulu, 2002, pp. 81-82.

³¹ L. FIRPO, *Relazioni di ambasciatori Veneti al Senato. X: Spagna (1635-1738)*, Turín, 1979, pp. 198, relación final de Pietro Bassadonna, 26 de mayo de 1653, que comienza: «Correva l’anno 1647...».